

Presentación

Deporte y sociedad en América Latina

Rodolfo de ROUX

Université de Toulouse-Le Mirail

Surgido del mundo europeo, y más particularmente de Inglaterra, el deporte fue erigido a principios del siglo XX como expresión de progreso y portador de un ideal democrático. Esta visión idealizada, lo mismo que la creencia en una sociabilidad ejemplar de individuos que se afrontarían de la manera más controlada posible en un juego de oportunidades iguales, es algo que ya ha sido suficientemente cuestionado por la sociología política del deporte moderno. Mucho más que ese desinteresado «culto voluntario y habitual del ejercicio muscular intensivo incitado por el deseo de progreso» del que hablaba el barón de Coubertin, el deporte es un fenómeno complejo que funciona como instancia de sociabilidad, alimenta el imaginario y las pasiones colectivas, genera sobresaltos de nacionalismo, moviliza ingentes capitales y se presta para la instrumentalización política. El deporte es, en un par de palabras, un espejo social. Y es esa especularidad la que interesa al conjunto de artículos aquí reunidos que tratan de iluminar, para el caso de América Latina, las relaciones existentes entre deporte y política, lo mismo que los nexos entre construcción identitaria colectiva y nacionalismo deportivo.

Aunque sólo podemos hablar por analogía de «deporte» en lo referente al mundo precolombino, el artículo de Patrick Lesbre sobre el *tlachtli* en el mundo azteca nos muestra cómo el juego de pelota estaba en el centro de explicaciones cosmológico-políticas. Puesto que el recorrido de la pelota simbolizaba el curso del sol, se comprende fácilmente por qué ese «deporte» –el más emblemático de Mesoamérica– aparece a veces en las crónicas coloniales españolas e indígenas asociado al final de los imperios y al comienzo de un nuevo ciclo. Es el caso del enfrentamiento en un juego de pelota entre Moctezuma –*tlatoani* (rey) de México-Tenochtitlán– y Nezahualpilli –*tlatoani* de Tezcoco-Acolhuacán–; en

aquel juego se buscaba dirimir cuál de los dos soberanos tenía la interpretación correcta de un presagio que anunciaba el final del imperio azteca. En otros casos, un juego de pelota va a reflejar intrigas y ambiciones políticas adversas, como en la partida entre Axayacatl, señor de México, y Xihuitemoc, señor de Xochimilco, poco después de la conquista de Tlatelolco en 1473.

Un salto de cinco siglos nos lleva a otra sociedad en la que el deporte está íntimamente asociado a un nuevo ciclo, si no cósmico por lo menos político. En la Cuba socialista la construcción de un « hombre nuevo » y de una « sociedad nueva » hizo de la educación física y del deporte una de las prioridades de la Revolución iniciada el 1 de enero de 1959. Como señala Beñat Çuburu, el objetivo inicial de la extensión del deporte a toda la población cubana era la necesidad de contar con hombres y mujeres sanos, productivos y físicamente capaces de cumplir con las tareas señaladas por la Revolución. Esa práctica deportiva masiva permitió igualmente la emergencia de una élite deportiva destinada a ser la embajadora de la Revolución cubana en plena *Guerra fría*. Fue así como en los Juegos Panamericanos de 1971 celebrados en Cali (Colombia), Cuba obtuvo el segundo lugar en medallas –después de los Estados Unidos– y disputa regularmente, desde entonces, la supremacía deportiva continental al poderoso vecino norteamericano. Menos afortunados que los bien entrenados atletas cubanos, pero igualmente instrumentalizados, fueron los primeros ciclistas colombianos que vinieron a competir en Francia en mayo de 1953. El país, gobernado entonces por el autoritario y ultraconservador Laureano Gómez, se hallaba sumergido en una cruenta guerra civil no declarada. Dicha participación deportiva en el extranjero venía como anillo al dedo para que un gobierno despótico mostrara una cara más amable. Explica Jacques Gilard que, en medio de fervientes declaraciones de nacionalismo, aquellos deportistas mal entrenados y peor equipados fueron enviados por el poder *laureanista* con la misión patriótica de dar una lección de ciclismo a los europeos, de la misma manera como poco antes se había enviado a los soldados del *Batallón Colombia* a salvar la civilización occidental y cristiana en Corea.

Es normal que demos especial atención a « su majestad el fútbol ». Se trata del deporte más arraigado y difundido en Latinoamérica. Comenzando por su más grande y poblado país, el gigantesco Brasil, donde es expresión mayor de la « cultura de las multitudes » y manifestación simbólica excepcional de la estructura social. Más aún, analiza Mauricio Murad, la historia del fútbol brasileño es un capítulo de la historia de las luchas sociales por la democratización y la inclusión social. En Brasil el fútbol comenzó hablando inglés, siendo elitista, racista, aristocrático, blanco y elegante. Los equipos pusieron barreras a negros, mulatos y blancos pobres desde su implantación en 1894 hasta mediados de la década de 1920, cuando comenzó a darse en el fútbol un proceso de popularización y democratización; proceso que estaba en sintonía con una coyuntura política y cultural caracterizada por nuevos proyectos que, directa o indirectamente, intentaban medidas de inclusión social. Era la etapa final de la llamada *República Velha* y la transición hacia la *República Nova*.

La íntima relación en el Uruguay entre historia nacional y fútbol es abordada por Manuel Frau. A fines del siglo XIX los tradicionales cimientos identitarios no bastaban para cohesionar una comunidad que había cambiado radicalmente con el aluvión migratorio que empezaba a entreverarse con los criollos y negros.

Esta nueva sociedad comienza a reivindicar y a forjar una diferente identidad «uruguaya». En tal contexto aparece el fútbol, jugado inicialmente por los obreros ingleses del ferrocarril, que se populariza rápidamente. Dicho deporte es el gran fenómeno de la década de 1920, marcada por los triunfos de «La Celeste» en los Juegos Olímpicos de Colombes (1924) y Amsterdam (1928), así como en el Sudamericano de Chile (1926). El fútbol se presenta entonces como la encarnación de las virtudes del «ser nacional», los campeonatos y torneos son considerados «gestas» que hacen palidecer las batallas decimonónicas, los capitanes de los equipos se asimilan a los caudillos de la Independencia, la historia del fútbol uruguayo se transmite de generación en generación, sus victorias y sus derrotas son cantadas en los carnavales. Ni cortos ni perezosos, los dos grandes partidos políticos, el Colorado y el Nacional, gestionan esta situación y se ligan respectivamente con el *Peñarol* y el *Nacional*, los dos grandes equipos uruguayos. Si por Montevideo llueve, por el Perú no escampa. En Iquitos, convertida durante el periodo de la explotación del caucho (1880-1918) en gran centro económico y principal puerto de la Amazonia peruana, se organizaban puntualmente partidos de fútbol entre los jóvenes de la élite local y las tripulaciones de los barcos ingleses que llegaban cada mes. Catherine Heymann pone de relieve cómo, en aquellas selváticas lejanías, el fútbol participará en la construcción de un sentimiento patriótico nacional y regional en un lugar particularmente sensible debido a las ambiciones de las grandes potencias industriales y a las frágiles y borrosas fronteras con el Ecuador, Colombia, Brasil y Bolivia. No es una casualidad que al *Athletic Club*, fundado en 1906, se le conociera con el nombre de «José Pardo», entonces Presidente del Perú (1904-1908). Darle al club el nombre del gobernante era una manera de subrayar el apego a los valores nacionales de una región que había conocido en 1899 un movimiento separatista que deseaba crear una *Nación Selvática*. El conflicto con el Ecuador en 1910 proporcionó también a los diferentes clubes una ocasión de manifestar su patriotismo, compromiso que no fue incompatible con su contribución a la elaboración de una identidad regional.

Del nacionalismo deportivo con sabor a fútbol nos habla igualmente el escrito de Lía Ferrero y Daniel Szabón, que se refiere al caso de la Argentina. Exitos resonantes como la gira europea de *Boca Juniors* en 1925 o la rivalidad contra los equipos uruguayos, hacen parte de la búsqueda de una identidad argentina a la que le correspondería una forma particular de práctica deportiva, específicamente la futbolística. A partir de finales de los años 20 la relación entre nación y fútbol poseerá una firmeza que ya no perderá en lo sucesivo. Un momento privilegiado de dicha relación lo constituye el Mundial de fútbol celebrado en Argentina en 1978. Si por una parte se identificaba a la nación con la realización del torneo —el propio himno de la competencia decía «25 millones de argentinos jugaremos el Mundial»—, por otro lado se tildaba de «campana antiargentina en el exterior» los intentos de boicot del evento, considerado por sus opositores como una legitimación de la feroz dictadura militar iniciada con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Para muchos editorialistas y comentaristas de los principales medios de comunicación argentinos, más que una mera competencia deportiva lo que estaba en juego en ese Mundial era la Patria misma. En el partido final Argentina le ganó a Holanda por 3-1, y obtuvo el título de campeón mundial. Aquel logro va a ser visto como la realización del

mito identitario: se ganó jugando con el «estilo nacional». Y los valores implicados en el ejercicio de la actividad deportiva –comunidad, cooperación, entrega, unión– se esgrimen como símbolos de un triunfo que, más allá de ser futbolístico, es el triunfo sobre las «divisiones internas» y la violencia política «subversiva», de manera que ahora sí la Nación, identificada en ese momento con su Selección de fútbol, puede mirar con confianza hacia el futuro.

El deporte como espejo social –y aquí más precisamente el fútbol–, refleja también los aspectos sombríos de una sociedad. El caso de Colombia, analizado por David Quitián, es ejemplar. En la década de 1980, el fútbol colombiano conoció una época de esplendor. Pero ese «buen fútbol» tenía su lado oscuro. Las costosas y brillantes nóminas de jugadores de buena parte de los principales equipos eran financiadas con el dinero de los capos del narcotráfico. Si se exigiera que clubes como el *América* de Cali, *Atlético Nacional* de Medellín y *Millonarios* de Bogotá devolvieran los títulos que obtuvieron con la ayuda de la bonanza de la cocaína, habría que borrar de un plumazo el mejor periodo del fútbol colombiano en lo que respecta a su faceta internacional: siete subcampeonatos y un título de la Copa continental *Libertadores de América*; el título de la *Copa América* de selecciones en el 2001 y las clasificaciones a los mundiales de Italia 90, USA 94 y Francia 98. A pesar de todas las promesas de erradicar para siempre del fútbol los «dineros calientes», son cada vez mayores los indicios de que el narcotráfico –con su nueva vestimenta de paramilitar– sigue presente en ese deporte.

Si el fútbol impera en la mayor parte del subcontinente, el béisbol manda en la cuenca del Caribe donde forma parte decisiva del imaginario colectivo. Introducido a finales del siglo XIX desde los EE.UU. en una buena cantidad de «repúblicas bananeras», los *peloteros* de la región sueñan con obtener fama y fortuna en las «Grandes ligas» donde han ayudado a cimentar la reputación de un estilo «caribe». Si en el fútbol se viven como atributos identitarios la «picardía» del juego argentino, la «garra» del uruguayo, la «alegría» del brasileño, el «toque» del colombiano, el béisbol no se queda atrás con el modo de bateo o los toques de bola «caribes» sobre los cuales diserta Javier Lasarte para exponer la significación identitaria de una «pelota-Caribe» convertida en paradigma en la geografía del béisbol mundial.